

LA INVENCIÓN DE LO GLOBAL

¿QUÉ TANTO HA CAMBIADO EL tamaño del mundo desde que por primera vez un grupo de humanos le dio la vuelta en un solo viaje? Cuando la tripulación del barco Victoria llegó al puerto de Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522, estaban a dos semanas exactas de cumplir tres años de viaje. Solo 18 de los 237 tripulantes originales venían en el barco; la mayoría había muerto en batallas, en naufragios o por enfermedad, y algunos habían sido abandonados en otros puertos, pues el Victoria era el único barco sobreviviente de una flotilla de cinco. Hasta el comandante original, Fernando de Magallanes, había perecido peleando contra los indígenas filipinos, por lo que lo reemplazó Juan Sebastián Elcano. Sin embargo, fue quizá gracias a ese infortunio que se completó la primera vuelta al globo, pues la intención de Magallanes era solo la de hallar otro camino hacia las “islas de las especias” que pasara por el extremo sur de América en lugar del de África, y fue Elcano quien, viendo el estado lamentable de la flotilla tras la muerte de Magallanes, decidió regresar a España navegando hacia el oeste en lugar de intentar regresar por el Pacífico, con lo que el Victoria se convirtió en la primera nave en circunnavegar el globo.

Hoy la velocidad es otra. Los poseedores actuales del récord de circunnavegación aérea son Riccardo Mortara, Gabriel Mortara y Flavien Guderzo, quienes en marzo de 2010 completaron los 36.770 kilómetros de circunnavegación del globo en 57 horas y 54 minutos. Atravesar, entonces, ese hogar común llamado Tierra ha pasado de tomarnos casi tres años a menos de dos días y medio. De hecho, si salimos del planeta y dejamos que sea la propia rotación de la Tierra la que se encargue de la mayor parte del trabajo,



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

podemos completar una órbita en hora y media, por lo que los habitantes de la Estación Espacial Internacional “repiten” la hazaña del Victoria más de 15 veces cada día. Y si incluimos en la comparación objetos sin tripulación, el tiempo disminuye aún más. Un misil balístico intercontinental, gracias a su velocidad de siete kilómetros por segundo (casi cinco veces más veloz que la bala más rápida), puede llevar la destrucción nuclear al lado opuesto del planeta en poco más de media hora.

Sin embargo, la pregunta con la que se inició este artículo es capciosa, pues se preguntaba por el tamaño de la Tierra, no por el tiempo que demorábamos en darle la vuelta. Y aunque según algunos estudios la Tierra está cambiando de forma y se está volviendo cada vez más esférica (entre otras razones por los cambios en la gravedad que ocasiona el derretimiento de los polos), su tamaño se ha mantenido relativamente estable. Así que lo que ha cambiado en estos cinco siglos no es el tamaño de la Tierra, sino nuestra percepción de ese tamaño. Tal como el cuerpo del ser humano tampoco ha cambiado mucho de tamaño en ese tiempo, ni tiene necesidades distintas para mantenerse vivo, pero sí ha cambiado nuestra percepción de qué constituye una “necesidad”, pues nuestras expectativas ahora incluyen las comodidades que proporciona la tecnología contemporánea, desde electricidad y acueductos hasta internet.

Esto viene a cuento en relación con una palabra cada vez más en uso, “globalización”, tan común hoy que resulta raro pensar que realmente es un neologismo. El profesor Nayan Chanda se tomó el trabajo de averiguar en su libro *Bound Together* cuántos artículos académicos incluían tal término en la base de datos Factiva, que contiene más de ocho mil revistas y periódicos: aunque en el 2001 llegaron a ser más de 57 mil y el promedio anual gira ahora alrededor de los 45 mil, en el año 1981

solo 2 artículos mencionaban el término. Pero vale preguntarse: si ya desde 1522, con Magallanes y Elcano, tenemos evidencias de que vivimos sobre un globo, ya en 1848 Marx y Engels mencionaban el mercado mundial en el manifiesto comunista, y ya tuvimos dos guerras mundiales, ¿qué es entonces la globalización? A pesar de lo popular que se ha vuelto el término, resulta diciente ver que la gran mayoría de las definiciones no pasan de ser vaguedades que no resultan mucho más completas que la definición de la Real Academia de la Lengua. “Globalización: f. Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales”. Una definición economicista que se queda tan corta como otras como “proceso de compresión creciente del tiempo y el espacio”, “intercomunicación global en tiempo cero”, “fronteras nacionales que se diluyen”, etc. Porque aunque todas ellas describen evidencias de la globalización, ninguna se acerca a la complejidad de su uso, pues se le emplea tanto para explicar el desplazamiento del sector industrial hacia el antiguo Tercer Mundo como para explicar la capacidad de reclutamiento de movimientos violentamente reaccionarios como el Ejército Islámico.

La globalización es hoy un término popular, pero por eso mismo habría que tener mucho cuidado al usarlo. Si la globalización es una percepción, el solo hecho de emplear el término sin cuestionarlo implica repetir y aumentar un adoctrinamiento sobre cuál es la “realidad” del mundo contemporáneo. Porque existe una enorme distancia entre saber que los humanos compartimos el mismo mundo (algo que ya sabíamos cuando aún creíamos que la Tierra era plana) y creer que vivimos en una sociedad global, pues no para todo el mundo la globalización es igualmente “real”. Para verlo, se puede observar la diferencia en el acceso a las consecuencias del lado más amable de la globalización, que se pueden dividir entre las que son concretas y pueden experimentarse en carne propia (generalmente relacionadas con el consumo, como el acceso a una variedad de productos foráneos, poder viajar más rápidamente, etc.), y las que son virtuales (generalmente relacionadas con la comunicación, como poder hablar a distancia en tiempo cero, acceder a información de cualquier lugar del mundo, etc.). Pero cuál tipo de experiencia predomina depende de factores mucho más “tradicionales”, como la nacionalidad o la clase social.

¿Y es que cómo puede ser la percepción de la globalización igual para los ciudadanos de Norteamérica o Europa occidental que pueden viajar a más de 170 países sin visa, que para un afgano que puede viajar a solo

28 países, entre los que predominan los más pobres de la Tierra? Y eso para no hablar de la vivencia de la globalización que tiene un refugiado, para quien están cerradas todas las fronteras, o un ciudadano pobre de un país rico, a quien le da lo mismo poder viajar o no sin tramitar una visa, pues no tiene dinero para hacerlo y su única vivencia concreta de la globalización será la de ver que su antiguo empleo ha sido llevado a otro lugar del mundo. La noción de una “aldea global” predica entonces una igualdad *virtual* de todos los seres humanos del planeta, a la vez que justifica los privilegios *reales* de quienes son “más iguales”, e impone controles cada vez mayores sobre quienes no lo son tanto.

Hay razones entonces para no ver al término “globalización” como algo inocuo, pues no solo es básicamente una percepción, sino que pasó de ser apenas un término académico más bien vago a funcionar como un artefacto doctrinal que estimula a aceptar con resignación el estado del mundo. No se trata solo de lo obvio, de que en nombre de lo global nos acostumbremos a lo transnacional (y por tanto a hechos como el dominio de los productos extranjeros en los supermercados nacionales, que estos últimos sean a su vez propiedad de grupos transnacionales, o que la mayoría de los lectores colombianos solo conozca autores nacionales y latinoamericanos que hayan recibido previamente la bendición del público y los medios españoles o norteamericanos). Va más allá. Tan lejos, que la imposición de una idea sin contexto de “lo global” disminuye el poder de la mayor arma de la democracia: nuestro voto como ciudadanos de una nación. Los resultados del referendo de 2015 en Grecia son apenas otra muestra más de hasta qué punto hoy el voto es un acto pírrico. Hoy un presidente no puede aspirar a ser un estadista; lo más que puede esperar es ser un buen gerente que sea capaz de generar un beneficio en medio de las fuerzas del mercado transnacional. Así, la supuesta universalidad de la globalización no implica nada parecido a una igualdad de los seres humanos por vivir en un mismo planeta. Por el contrario, se vuelve una repotenciación de las inequidades que ya existían, pues estas ahora pueden justificarse sobre un discurso inabarcable, ya que al difuminar las causas en lo “global” y hacerlas así ubicuas, estas se llevan más allá de donde cualquier ciudadano podría tener una posibilidad de incidir en ellas, con lo que se estimula la sensación de que todo acto de resistencia es fútil. Y en este sentido, el primer acto de resistencia es, precisamente, hacer conciencia de las grietas, para evidenciar así qué tan poco global es la noción de lo global. ■